IV Trimestre de 2009
Un pueblo en marcha: El libro de Números

Notas de Elena G. de White

Lección 5
31 de Octubre de 2009

De las quejas a la apostasía

Sábado 24 de octubre

Si se hubiera dado a los israelitas el régimen alimentario al cual estaban acostumbrados en Egipto, habrían manifestado el mismo espíritu rebelde que vemos en el mundo en la actualidad. En el régimen alimentario de los seres humanos de esta época hay muchas cosas que el Señor no habría permitido que comieran los hijos de Israel. La familia humana de la actualidad es una ilustración de lo que hubieran sido los hijos de Israel si Dios les hubiese permitido comer los alimentos de los egipcios, y seguir sus hábitos y costumbres.

La historia de la vida de Israel en el desierto fue registrada en beneficio del Israel de Dios hasta la consumación de los siglos.

El relato de la forma como trató Dios a los peregrinos mientras iban de un lugar a otro, mientras pasaban hambre, sufrían sed y cansancio, y en las sorprendentes manifestaciones de su poder para auxiliarlos, está lleno de amonestaciones para su pueblo de la actualidad. Los diversos incidentes por los que pasaron los hebreos constituyeron una escuela donde se prepararon para actuar en su prometido hogar de Canaán. Dios quiere que su pueblo repase ahora, con corazón humilde y espíritu abierto, las pruebas por las cuales pasó el antiguo Israel, a fin de que pueda recibir instrucción y prepararse para la Canaán celestial (***Cada día con Dios*, p. 77**).

Domingo 25 de octubre:
El pecado de la ingratitud

El estado mental tiene mucho que ver con la salud del cuerpo y especialmente con la salud de los órganos digestivos. Por regla general, el Señor no proporcionó a su pueblo alimentación de carne en el desierto porque sabía que ese régimen crearía enfermedad e insubordinación. A fin de modificar el carácter y colocar en ejercicio activo las facultades más elevadas de la mente, les quitó la carne de animales muertos. Les dio alimento de ángeles, maná del cielo (***Comentario bíblico adventista*, tomo 1, p. 1126**).

Al señalar el alimento para el hombre en el Edén, el Señor demostró cuál era el mejor régimen alimenticio; en la elección que hizo para Israel enseñó la misma lección. Sacó a los israelitas de Egipto, y emprendió la tarea de educarlos para que fueran su pueblo. Por medio de ellos deseaba bendecir y enseñar al mundo. Les suministró el alimento más adecuado para este propósito, no la carne, sino el maná, "el pan del cielo". Pero a causa de su descontento y de sus murmuraciones acerca de las ollas de carne de Egipto les fue concedido alimento animal, y esto únicamente por poco tiempo. Su consumo trajo enfermedades y muerte para miles. Sin embargo, nunca aceptaron de buen grado la restricción de tener que alimentarse sin carne. Esto siguió siendo causa de descontento y murmuración, en público y en privado, de modo que nunca revistió carácter permanente (***El ministerio de curación*, p. 240**).

"Aún estaba la carne entre los dientes de ellos, antes que fuese masticada, cuando la ira de Jehová se encendió en el pueblo, e hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande" (Números 11:16-33).

En este caso el Señor dio al pueblo lo que no era para su mayor bien, porque éste lo quería tener. Ellos no quisieron resignarse a recibir del Señor las cosas que resultarían para su bien. Se habían entregado a una murmuración sediciosa contra Moisés, y contra el Señor, porque no habían aceptado el conocimiento de las cosas que los perjudicarían. Su apetito depravado los dominó, y Dios les dio carne, como deseaban, y permitió que sufrieran los resultados producidos por la gratificación de su apetito sensual. Fiebres ardientes destruyeron a un gran número del pueblo. Los que habían sido más culpables en sus murmuraciones murieron tan pronto como probaron la carne que habían codiciado. Si hubieran aceptado que el Señor les eligiera los alimentos y si hubieran estado agradecidos y satisfechos por los alimentos que podían comer en abundancia y sin perjuicio, no habrían perdido el favor de Dios, ni habrían sido castigados por su murmuración rebelde cuando gran número de ellos pereció (***Consejos sobre el régimen alimenticio*, p. 450**).

Las murmuraciones del antiguo Israel y su descontento rebelde, como también los grandes milagros realizados en su favor, y el castigo de su idolatría e ingratitud, fueron registrados para nuestro beneficio. El ejemplo del antiguo Israel es dado como advertencia para el pueblo de Dios, a fin de que evite la incredulidad y escape a su isa. Si las iniquidades de lo hebreos hubiesen sido omitidas del relato sagrado, y se hubiesen relatado solamente sus virtudes, su historia no nos habría enseñado la lección que nos enseña (***Joyas de los testimonios*, tomo 1, p. 438**).

Lunes 26 de octubre:
Presión sobre los líderes

Moisés mismo estaba muy cerca de desconfiar del Señor. A pesar de estar en perfecto estado físico y poseer gran vigor intelectual, sus pesadas responsabilidades y las constantes y malvadas murmuraciones de la gente, lo hacían sentir que su carga le resultaba insoportable. Quizás ahora se preguntaba si no hubiera sido mejor aceptar la oferta divina de eliminar a ese pueblo y hacer de él una gran nación. Le entristecía grandemente que todas las quejas cayeran sobre él, como si él fuera el culpable de todas las privaciones que soportaban. ¡Y ese era el mismo pueblo por el cual había orado pidien-

do que en lugar de que fuera destruido, su nombre fuera borrado del libro de la vida! Así le pagaban por su acto de abnegación. En su aflicción se dirigió al Único que podía ayudarlo en ese momento de prueba. Pero su oración estuvo saturada de quejas: "Y dijo Moisés a Jehová: ¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama, a la tierra de la cual juraste a sus padres? ¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran a mí, diciendo: Danos carne que comamos. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces tú conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal".

Esta oración no parece provenir del mismo Moisés que había visto tantas manifestaciones del poder de Dios; pero el peso de la carga que soportaba lo hacía tambalear. Por otra parte, sabía que la ira de Dios podía caer en cualquier momento sobre esta gente perversa, y prefería morir antes que ver la destrucción de Israel y la consiguiente alegría de sus enemigos.

El Señor escuchó la oración de su siervo y la respondió de manera directa y positiva, ordenándole: "Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales; y tráelos a la puerta del Tabernáculo de reunión, y esperen allí contigo. Y yo descenderé y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo (Números 11:16, 17). El Señor permitió que Moisés seleccionara a quienes él sabía que serían sus mejores ayudantes. Habían mostrado ser fieles en su tarea de dirigir a sus respectivas familias, y ahora serían llamados a asumir responsabilidades mayores. Tendrían autoridad para resolver los problemas que producían violencia entre el pueblo y para extinguir cualquier intento de insurrección que se levantara.

Sin embargo, si Moisés hubiese mantenido su confianza plena en la dirección divina sabiendo que por su bondad y misericordia el Señor siempre lo fortalecería, estos hombres no hubieran sido elegidos. Su mayor autoridad trajo, posteriormente, mayores problemas. Si él hubiese confiado totalmente en el Señor, él lo hubiera guardado constantemente y lo hubiese fortalecido en cada emergencia. Moisés no tenía excusa al murmurar contra Dios como lo hacía el pueblo, ni de magnificar sus cargas y responsabilidades, puesto que el Señor era quien realizaba la obra y él era solo su instrumento. ¡Cuán pobre y débil es la naturaleza humana! ¡Cuán poco se puede confiar en ella! (***Signs of the Times*, 12 de agosto, 1880**).

Martes 27 de octubre:
Malicia familiar

Ni María ni Aarón fueron consultados en el nombramiento de los setenta ancianos, y esto despertó sus celos contra Moisés…

Cediendo al espíritu de desafecto, María halló motivo de queja en cosas que Dios había sobreseído especialmente. El matrimonio de Moisés la había disgustado. El hecho de que había elegido esposa en otra nación, en vez de tomarla de entre los hebreos,

ofendía a su familia y al orgullo nacional. Se la trataba a Séfora con un menosprecio mal disimulado.

Aunque se la llama "mujer cusita" (V.M.) o "etíope", la esposa de Moisés era de origen madianita, y por lo tanto, descendiente de Abraham. En su aspecto personal difería de los hebreos en que era un tanto más morena. Aunque no era israelita, Séfora adoraba al Dios verdadero. Era de un temperamento tímido y retraído, tierno y afectuoso, y se afligía mucho en presencia de los sufrimientos. Por ese motivo cuando Moisés fue a Egipto, consintió él en que ella regresara a Madián. Quería evitarle la pena que le significaría presenciar los juicios que iban a caer sobre los egipcios.

Cuando Séfora se reunió con su marido en el desierto, vio que las cargas que llevaba estaban agotando sus fuerzas, y comunicó sus temores a Jetro, quien sugirió que se tomasen medidas para aliviarle. Esta era la razón principal de la antipatía de María hacia Séfora. Herida por el supuesto desdén infligido a ella y a Aarón, y considerando a la esposa de Moisés como causante de la situación, concluyó que la influencia de ella le había impedido a Moisés que los consultara como lo había hecho antes…

Dios había escogido a Moisés y le había investido de su Espíritu; y por su murmuración María y Aarón se habían hecho culpables de deslealtad, no solo hacia el que fuera designado como su jefe sino también hacia Dios mismo… Entonces el furor de Jehová se encendió en ellos. La nube desapareció del tabernáculo como señal del desagrado de Dios, y María fue castigada. Quedó "leprosa como la nieve"… Entonces, humillado hasta el polvo el orgullo de ambos, Aarón confesó el pecado que habían cometido e imploró al Señor que no dejara perecer a su hermana por aquel azote repugnante y fatal. En respuesta a las oraciones de Moisés, se limpió la lepra de María...

Esta manifestación del desagrado del Señor tenía por objeto advertir a todo Israel que pusiera coto al creciente espíritu de descontento y de insubordinación. Si el descontento y la envidia de María no hubiesen recibido una señalada reprensión, habrían resultado en grandes males. La envidia es una de las peores características satánicas que puedan existir en el corazón humano, y es una de las más funestas en sus consecuencias (***Patriarcas y profetas*, pp. 401-405**).

Miércoles 28 de octubre:
En las fronteras

El Señor dio orden a Moisés de enviar algunos hombres para que exploraran la tierra de Canaán, prometida a los hijos de Israel. A tal efecto, se seleccionó un representante de cada una de las doce tribus. Al cabo de cuarenta días de su partida regresaron de la exploración y acudieron a Moisés y Aarón, que habían congregado a todo el pueblo de Israel, y les mostraron los frutos de la tierra. Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena tierra y exhibieron los ricos frutos que habían traído como prueba. Un racimo de uvas era tan grande que se necesitaban dos hombres para agarrarlo colgado de una vara. También trajeron higos y granadas diciendo que crecían en abundancia. Después de haber hablado de la fertilidad de la tierra, todos excepto dos dijeron palabras desalentadoras al respecto de su capacidad de conquistarla. Dijeron que las gentes que habitaban el país eran muy fuertes y las ciudades estaban rodeadas de murallas muy

gruesas y altas. Aún más, habían visto a los hijos del gigante Anac. Luego explicaron cómo vivía la gente en Canaán y expresaron sus temores de que seria imposible que llegaran a conquistar esa tierra.

Cuando los israelitas hubieron escuchado este informe expresaron su decepción con amargos reproches y llantos. No se detuvieron a reflexionar y a pensar que el Dios que los había traído tan lejos también les daría esa tierra. Dejaron a Dios de lado. Actuaron como si para tomar la ciudad de Jericó, la llave de toda la tierra de Canaán, dependieran únicamente del poder de las armas. Dios había declarado que les daría el país y ellos deberían haber confiado plenamente que cumpliría su palabra. Pero sus corazones rebeldes no estaban en armonía con los planes de Dios; no reflejaban cuán maravillosamente había intervenido en su favor, sacándolos de la esclavitud de Egipto, abriendo paso a través de las aguas del mar y destruyendo el ejército de Faraón cuando los perseguía. Su falta de fe limitaba la obra de Dios y desconfiaban de la mano que los había guiado sanos y salvos hasta ese momento. En esa ocasión repitieron el mismo y antiguo error: murmuraron contra Moisés y Aarón. "Este es, por tanto, el fin de nuestras grandes esperanzas", dijeron: "Ésta es la tierra por cuya posesión hemos viajado desde Egipto". Culparon a sus dirigentes por haber traído la tribulación a Israel y, una vez más, les imputaron el cargo de haber engañado al pueblo y haberlo llevado a la perdición (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, pp. 149, 150**).

Esos hombres emprendieron un camino equivocado, dispusieron sus corazones contra Dios, contra Moisés y Aarón y contra Caleb y Josué. Cada paso que daban en la dirección equivocada los hacía más firmes en la decisión de desalentar al pueblo de cualquier intento de poseer la tierra de Canaán. Distorsionaron la verdad para llevar a cabo sus mortíferos propósitos. Dijeron que el clima era insalubre y que la gente tenía la estatura de gigantes. Dijeron: "También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecimos a ellos (Números 13:33).

Este informe no solo era perverso, sino engañoso. Era contradictorio porque, si el país era insalubre y había tragado a sus habitantes, ¿cómo era posible que hubieran alcanzado proporciones tan imponentes? Cuando el corazón de los hombres que ocupan posiciones de responsabilidad es vencido por la falta de fe ya no hay límites para su progreso en las malas acciones. Pocos son los que se dan cuenta, al iniciar este peligroso viaje, hasta qué punto los guiará Satanás (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, pp. 150, 151**).

Jueves 29 de octubre:
De regreso a Egipto

La historia del informe de los doce espías tiene una aplicación para nuestro pueblo. Las escenas de lamento cobarde y resistencia a actuar cuando hay que afrontar riesgos se repiten en nuestros días. Se manifiesta la misma reticencia a prestar la atención debida a los fieles informes y consejos que se dio en tiempos de Caleb y de Josué. Rara vez los siervos de Dios que llevan la carga de su causa, que practican la estricta negación de sí mismos y sufren privaciones por ayudar a su pueblo reciben una consideración mejor que la que se les daba en aquellos días.

Una y otra vez, el antiguo Israel fue probado y encontrado falto. Pocos recibían las fieles advertencias que provenían de Dios. Las tinieblas y la infidelidad no son menores ahora que nos acercamos al tiempo del segundo advenimiento de Cristo. La verdad se vuelve cada vez menos sabrosa para los que tienen una mente carnal; su corazón es lento para creer y tardo para el arrepentimiento. Si no fuera por las continuas pruebas de sabiduría y ayuda que su Maestro les proporciona, los siervos de Dios ya se habrían desalentado. Durante mucho tiempo el Señor ha sido paciente con su pueblo; ha perdonado sus desviaciones y ha esperado que le haga un lugar en el corazón, pero las falsas ideas, los celos y la desconfianza han colmado su paciencia (***Testimonios para la iglesia*, tomo 4, p. 155**).

El mal informe de los espías tuvo un terrible efecto sobre el pueblo. Reprocharon a Moisés y Aarón con intensa amargura, diciendo: "¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto? Y decían el uno al otro: Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto" (Números 14:2-4). Al hablar de esta manera le faltaron el respeto a Dios y a los dirigentes que él había señalado. No le preguntaron al Señor qué debían hacer sino declararon: "Designemos un capitán". Tomaron el asunto en sus manos creyéndose competentes para manejarse sin la ayuda divina. No solo acusaron a Moisés de engañarlos sino también a Dios que les había prometido una tierra que no eran capaces de poseer. Y al designar a uno de ellos como su capitán para que los llevara nuevamente a la tierra de su esclavitud y sufrimientos, estaban diciéndole a Dios que se había equivocado al librarlos con su fuerte brazo de la omnipotencia…
.
Aunque Moisés nuevamente le rogó a Dios que perdonara a su pueblo por la arrogancia e incredulidad que habían expresado, el Señor no estaba más dispuesto a realizar milagros en su favor; por lo tanto les permitió que regresaran al desierto en dirección al Mar Rojo. Pero debido a su rebelión, todos los adultos que habían salido de Egipto, con excepción de Josué y Caleb, quedarían para siempre excluidos de entrar en Canaán. Sus hijos poseerían la tierra, pero los cuerpos de los rebeldes serían enterrados en el desierto por haber quebrantado el pacto y haber sido desobedientes. Y los diez espías, cuyo informe había producido tal murmuración y rebelión por parte de Israel, fueron inmediatamente visitados por el juicio divino ante los ojos de todo el pueblo (***Review and Herald*, 2 de junio, 1885**).

Viernes 30 de octubre:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 391-416.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática